

14.ª División

SEMANARIO DEL FRENTE

AÑO I

NUM. 12



A
L
E
R
T
A

S
I
E
M
P
R
E



Ayuntamiento de Madrid

RENOVANDO HEROISMOS

¡HIJOS DEL PUEBLO!

Nuevamente han vuelto las jornadas duras y tensas en las que cada minuto es un afán, cada hora una batalla, cada día una victoria. Nuevamente se presenta ante nuestros ojos ese panorama perfilado por el humo que se diluye entre nuevas explosiones y trozos ardientes de metralla. Nuevamente nuestros esfuerzos tienen que llegar al máximo para detener en seco los intentos de los rebeldes, que desesperadamente, con toda la violencia que tiene la desesperación de los fuertes, intentan forzar el paso entre nuestras trincheras invictas. Nuevamente nos corresponde el honor de actuar en los frentes de más peligro, en los frentes donde se batalla incesantemente para conseguir la victoria inexorable que aguardan todos los trabajadores de España.

Ha llegado pues la hora de renovar las solemnes promesas de heroísmo que en múltiples ocasiones hemos suscrito con nuestra propia sangre, con la pérdida irreparable de nuestros mejores luchadores. Ha llegado el momento en que todos los luchadores de la libertad alcen al aire sus fusiles en muda promesa de nuevos heroísmos, de mayores sacrificios. Si antes hemos luchado siempre con valor y con fé, ha llegado el momento en que debemos redoblar ese valor y acentuar hasta el límite nuestra fé en la victoria.

¡HIJOS DEL PUEBLO!

En estas jornadas duras llenas de humo y de explosiones, surcadas por el silbar de la metralla y sacudidas por los tableteos de las ametralladoras, renovamos nuestra promesa de luchar sin descanso hasta conseguir la victoria rotunda que el pueblo español nos pide, que el pueblo español necesita para verse libre para siempre de quienes durante siglos y siglos lo han tenido sometido a la tiranía y a la más dura de las opresiones.

No retrocederemos ante ningún sacrificio; no vacilaremos ante ninguna dificultad; no nos pararemos a pensar ante ningún heroísmo. Vivimos jornadas decisivas, que hay que superar con el ánimo sereno de los triunfadores. Todos los trabajadores de España, todos los oprimidos del mundo entero, tienen en estos momentos, fijos sus ojos y puestas sus esperanzas en nuestra capacidad de lucha y de sacrificio, que es de donde únicamente pueden esperar su liberación definitiva. Es preciso que hagamos honor a la confianza que en nosotros han depositado, y que cumplamos hasta el fin los compromisos que hemos contraído.

Nos lo exigen al unísono nuestro pasado de dolores y miserias, nuestro presente de fé y de esperanza, y nuestro futuro de paz y de libertad.

¡Hijos del pueblo! En este momento trascendental que vivimos, renovamos nuestras promesas de sacrificio y de heroísmos.

¡Por la victoria del pueblo! ¡Por el triunfo de la libertad!

El Comisario de la División,
M. VALLE

Ayuntamiento de Madrid

Un luchador magnífico y un hombre ejemplar



Feliciano Benito Comisario Inspector del Cuarto Cuerpo de Ejército

De palabra reposada y serena, de inteligencia clara y decisión inquebrantable es Feliciano Benito, comisario jefe del 4.º Cuerpo de Ejército.

No es ahora precisamente cuando Feliciano Benito ha revelado todas estas cualidades. Hace ya muchos años que probó el temple rebelde de su espíritu luchando contra la dictadura, contra la monarquía y contra las torpezas e injusticias de una República burguesa, que no acababa de comprender nunca que su porvenir estaba ligado indisolublemente al de las clases trabajadoras de nuestro país.

Durante veinte años largos de luchas, de persecuciones y sacrificios, Feliciano Benito trabajó y luchó sin tregua ni descanso, sin desmayos ni debilidades. En todos los complotes contra la barbarie primonriverista, en todos los movimientos revolucionarios, figuró en primera línea. Y el propio Mola, general mil veces felón, hubo de hablar en sus memorias de director de Seguridad, reconociendo en Feliciano Benito a uno de los hombres más decididos, más arrojados, más peligrosos para la reacción monárquica, de todo el proletariado español.

Cuando la reacción fascista se lanza a la calle, Feliciano Benito está en su puesto. Es un militante del Sindicato Unico de Industrias Gráficas. Es un hombre de la C. N. T., que empuña la pistola primero y el fusil después para abatir la traición. Pelea, como todos, en Madrid. Entra en el Cuartel de la Montaña y en Campamento. Y en seguida, sin pérdida de minuto, se lanza, con otros millares de compañeros, sobre Alcalá y Guadalajara para romper el cerco que los traidores han puesto a

nuestro Madrid. Una vez tomado Guadalajara, el espíritu heroico, el cerebro claro de Feliciano, le hace ver que son las tierras de la Alcarria el flanco más peligroso de Madrid. Y sin vacilar emprende la tarea gigante de alejar al enemigo, de ensanchar nuestros dominios, de liberar pueblos de las garras fascistas. No se ha hecho aún la justicia

mó Sigüenza, amenazó Medinaceli y Atienza. ¡Si hubiera tenido armas!... ¡Ah!, si hubiera tenido armas, aquel avance arrollador habría continuado y hoy no existiría ni la cuña de Teruel, ni el baluarte de Calatayud, ni acaso Zaragoza continuara gimiendo bajo el yugo de las bestias italo-germanas.

También Sigüenza, la de-

principio al fin, Feliciano Benito Anaya.

Después... Después viene la Casa de Campo. Feliciano Benito—como Mera, como Palacios, como Sanz, como tantos y tantos héroes nuestros—entra en la Casa de Campo el día 9 de noviembre. Durante meses enteros pelea con entusiasmo, con decisión, con heroísmo admirable. Caen a su lado muchos compañeros. Los que siguen en pie, cierran el paso al fascismo y son el dique más firme, la fortaleza más segura de la defensa de nuestro Madrid.

Feliciano sale de la Casa de Campo para ocupar otros puestos. Puestos difíciles donde hace falta inteligencia y valor. Visita otros frentes. Está en el Jarama y en la Alcarria, en el Pingarrón y en Brihuega. En todas partes prueba el temple de su espíritu y la visión clara de su cerebro. Y hoy, al cabo de un año de luchas, de doce meses de pelea incesante, durante los cuales a costa de heridas que dejaron huellas claras en el cuerpo, se fué creando todo un magnífico jefe de nuestro heroico Ejército popular. Un cerebro dirigente como el de Feliciano Benito, que tan eficaz y decisiva intervención había de tener en el aplastamiento de las divisiones italianas mandadas por Mussolini al asalto y conquista de la capital de nuestra revolución.

Feliciano Benito, luchador anarquista de siempre, orador reposado y sereno, escritor de pluma fácil y conceptos claros, es ahora uno de los mejores comisarios de nuestro Ejército. Feliciano Benito es, con entera justicia, un orgullo para nosotros. Una prueba magnífica de lo que son los hombres de la Confederación



debida a los grupos de hombres decididos que en pequeñas caravanas de tres o cuatro automóviles se lanzaban audazmente a realizar incursiones por territorio enemigo. No se ha hablado lo suficiente de quienes pasaron por Molina de Aragón y Orihuela de Tremedal hasta las cercanías de Teruel, barriendo fascistas. Algún día se hablará de estos héroes—muchos de los cuales no volvieron—, que hicieron por defender Madrid mucho más de lo que las gentes suponen. Y uno de esos hombres, uno de los más inteligentes y decididos, fué Feliciano Benito. Sin armas, al frente de un par de centenares de compañeros, avanzó como pudo, to-

fensa de Sigüenza, es otra página gloriosa, todavía no escrita, de nuestra epopeya. Allí unos cientos de compañeros—Feliciano Benito a su frente—resistieron durante meses el empuje de fuerzas muy superiores en número y armamento. Allí, en los días tristes de octubre, se contuvo al fascismo que anhelaba completar el cerco de Madrid. Allí estuvieron los compañeros sitiados, encerrados en la catedral, resistiendo hasta que se agotaron las municiones, abriéndose paso entonces en una salida tan desesperada como admirable. Y allí, peleando como un león, dirigiendo como un estratega consumado, estuvo un día y otro, desde el

UNA FIGURA

El comandante LUZÓN, excelente compañero y heroico militar del pueblo.

Una vida llena de abnegaciones, sacrificios y realidades,



ONDO de paisaje castellano, tierra gris, horizonte sin árboles, cielo de cristal azul, sol implacable que funde el verde oscuro de algún pino.

Apretando los dientes y en un último envío, los hombres de la 70, los que han quedado de pie, han cubierto las posiciones que se les han señalado. El enemigo levantaba una valla de morteros y ametralladoras; su artillería escribía mensajes siniestros en el vientre de hierro de sus obuses, pero los hombres llegaron y se aferraron a la tierra.

El que es hoy Comandante accidental de la Brigada, compañero Pepe Luzón, contempla a sus hombres. Se diría que quiere contarlos o que repasa en su memoria a los ausentes. Hay un poco de fatiga en su rostro, que el aire y el sol han curtido, que el polvo y el humo han patinado en estos días oscurecidos por toneladas y toneladas de metralla.

—¿Se descansa un poco, compañero Comandante?

Levanta hasta mí sus ojos profundos en las cuencas que la falta de sueño ha ahondado.

—¿Descansar?... Eso quisiera yo, que nuestros muchachos descansaran un poco. Has visto lo que han hecho, y estaban destrozados de fatiga.

—También he visto lo que has hecho tú. Te he visto en estos días terribles pegado a tus hombres, te he visto ignorar los aviones, te he visto insultar a los obuses, te he visto despreciar las ráfagas de los cazas que nos abanicaban con sus alas fatídicas. Querías que tus hombres fueran inmovibles. Animabas, amenazabas, te prodigabas.

La boca, de comisuras un poco caídas, se pliega en un gesto que quiere decir: «Bah, esto no tiene importancia.»

El atardecer pinta de azul las montañas del horizonte. Las sombras escriben siluetas fantásticas sobre la tierra apaciguada.

—Hablemos un poco de tu vida, compañero Luzón...

—¿Y eso para qué?

—Para nada, para saber. Nuestro Ejército ha buscado sus hombres en las filas obreras y a los obreros soldados les interesa la vida de sus jefes.

Los ojos oscuros se entornan en el recuerdo.

—Pues verás, he nacido en Cogollos Vega, en la provincia de Granada. Y oye, me quisieron hacer cura mis padres. Me mandaron al seminario y todo, pero aquello no me convencía. Los jesuitas hablaban de pobreza, de sobriedad, de humildad, y buscaban el dinero, la buena mesa, y eran soberbios y despreciaban al humilde. Me fué del seminario, y a los quince años ya estaba rodando tierra. Me hice albañil. En el año 1929 ingresé en las Juventudes Socialistas...

—¿Has pertenecido a las Juventudes Socialistas?...

—Sí, pero muy poco tiempo.

Algunos meses más tarde me orientaba hacia la C. N. T. y junto con otros compañeros organizaba el Sindicato en Pinos Puentes. Comenzaron las persecuciones policiales y tuve que marcharme a Barcelona, donde permanecí hasta 1930, hasta el movimiento de Galán y García Hernández. Se me metió en la cárcel por propaganda en el ejército. Pidieron para mí la friolera de 25 años. La República trajo la amnistía.

—¿Debías ser un chaval por aquel entonces?

—Claro que lo era, como que aún no había sido llamado a quintas.

—¿Y te quedaste en Barcelona?

—No, me volví a mi tierra, a Granada, a trabajar por la organización. Pero las persecuciones me echaron fuera otra vez. En 1932, a la cárcel de nuevo. Acción Popular organizó un mitín y, claro, se nos detuvo por obstaculizarle. Hasta el 10 de agosto, el día



de la Sanjurjada, permanecí en los calabozos de Granada. Poco tiempo después era llamado a filas.

—¿Calculo que en el ejército de aquel entonces pasaste las tuyas?...

—Toma, como que de los doce meses me pasé ocho meses y medio en el calabozo. Por propaganda subversiva decían...

Algunas interjecciones pintorescas acompañan al recuerdo que hoy la lucha ha echado tan lejos en el pasado. El antiguo ejército no sale muy bien parado.

—Pues, mira, cumplí en Córdoba. Pero pronto me detuvieron otra vez. Fué por los sucesos de Bujalance. De



El batallador comandante de uno de los batallones de la heroica 70 Brigada, Pepe Luzón, cuya historia militar, es un claro ejemplo, donde pueden mirarse todos los que sientan de veras la causa antifascista

Córdoba me llevaron a Pozoblanco. Se me puso en libertad por falta de pruebas. La huelga de campesinos me sorprendió en Sevilla. Era yo entonces secretario de la Federación Local. Otra vez las persecuciones me echan de la tierra y marché a Córdoba. Allí se me detiene. Se me atribuye la preparación de una fuga para los complicados en los sucesos de Bujalance. No pueden demostrar nada, pero me mantienen ocho meses preso gubernativo en el Puerto de Santa María, y por orden gubernativa también, al cabo de los ocho meses se me destierra a Guéjar Sierra. Quebranto el destierro a los ocho días y me voy a Córdoba a reintegrarme a la organización. Allí se me nombra secretario del Comité pro-presos.

—¡Vaya odisea la tuya!...

—Calla, que aún no se ha acabado. Vuelven a detenerme y me destierran a Madrid.

—¡Bien por el destierro!...

—Tú dirás... pero querían sacarme de mi terreno, donde mi eficacia debía forzosamente ser mayor. En Madrid se me nombra delegado de la F. A. I. a la Federación Local. Se me detiene esta vez por tenencia de armas y desacato. A los tres meses, la libertad nuevamente. Y estalla el movimiento del 18 de julio. La Federación me delega al Ministerio de la Gobernación para obtener armas para los obreros. No se nos da nada y llega la jornada del cuartel de la Montaña. Allí la gestión fué más positiva y cogimos las armas. Vino después Alcalá de Henares y la magnífica toma de Guadalajara. No quisimos pararnos y llegamos hasta Sigüenza, hasta Alcolea del Pinar. Aquellos hombres vestidos de mono, desarrapados a veces, que habían pagado un precio de sangre por los fusiles que empuñaban ahora con unción, tenían los ojos puestos en un horizonte de esperanzas.

La noche ha caído. Algunos tiros aislados ahondan su silencio. Nuestra conversación es un susurro.

—Me fuí luego a Paredes de Buitrago, como delegado de centuria. Enfermo, hube de trasladarme a Madrid. Allí formé parte del Comité Nacional de Defensa, el cual me envió como delegado al Comité Central de la Guardia Nacional Republicana. Este Co-

mité estaba formado por representaciones de los partidos y de las organizaciones antifascistas. Fuí nombrado presidente de la Comisión depuradora de la Guardia Nacional Republicana. A fines de diciembre comenzó a organizarse la columna Espartaco. Por temperamento prefería la lucha activa en primera línea, y con la columna Espartaco intervine en las acciones del barrio Usera y en la toma del Basurero. Allí me hirieron.

Se acercan algunos enlaces a traer partes. Sus figuras se funden en las sombras que ya lo han invadido todo, dueñas del cielo y la tierra hasta que aparezca la luna.

—La Columna Espartaco fué luego la 77 Brigada, ¿verdad?

—Eso mismo, y fuí nombrado Comandante de su tercer Batallón. Intervinimos en los combates del Clínico y Ciudad Universitaria. Luego salimos para el Pingarrón. Cuatro meses estuvimos allí. Después fuí designado para mandar el quinto Batallón de esta Brigada, y hoy la mando accidentalmente porque su jefe, el Comandante Gutiérrez, ha sido herido.

—¿Hablamos un poco de Brunete?...

—¿Para qué?... Tú has visto nuestros hombres, tú les has visto avanzar el sábado bajo los conos negros de los obuses que se plantaban en selva para cortarles el paso, tú les viste ignorar los compañeros caídos en su avance impecable, tú les viste obedecer como uno solo las órdenes tajantes de avance, tú les viste marchar la mirada hacia adelante y la voluntad tendida para llegar... Tú les viste también esta tarde, rotos de fatiga, los labios secos de sed, los ojos ardidos por el humo y el polvo, llegar también hasta donde decían las órdenes...

Hay mucho que hacer aún y se deben aprovechar las sombras.

—Salud, compañero Luzón...

—Salud, responde y la oscuridad ha borrado los contornos de su cuerpo recio, el perfil moreno de su cabeza voluntariosa.

RÚSTICO.

Los héroes que nunca mueren. ★ ★

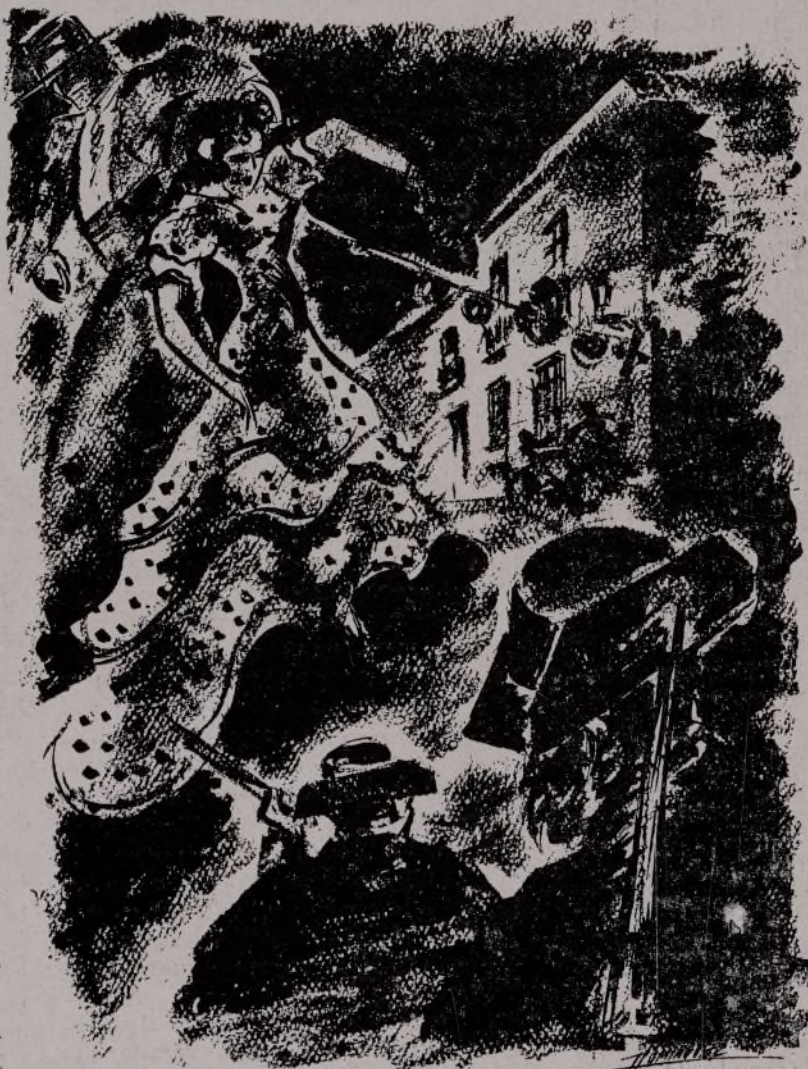
Por mediación de nuestro periódico (la 14), quiero dar un vivo recuerdo de lo que significa nuestra vida en la guerra y después de la guerra. Quiero decir que aunque se pierda la vida, la persona nunca muere. Nosotros, los que luchamos en los frentes y que vemos caer a nuestros compañeros heridos de muerte, a esos compañeros que juntos con nosotros compartieron alegrías y penas, y creíamos que sus vidas no iban a dejar de existir nunca, porque de sus pechos sólo salían palabras de aliento, gritos de Libertad. Por ella todos luchamos y por ella estos hombres caídos, como todos los que tengamos la mala suerte de caer, no morirán ni moriremos jamás, porque nosotros moriremos, pero nuestro ideal nunca morirá.

Unido lo uno con lo otro alcanzaremos el triunfo de todos los trabajadores, hundiendo para siempre los antago-

nismos del mundo capitalista, de los tiranos y opresores que tienen al trabajador hundido en el fango de la esclavitud. No dejamos de comprender que en España no se lucha contra un enemigo nacional, porque luchamos contra la tiranía mundial, que, impávida y sin escrúpulos, quiere quitarnos nuestro suelo para convertirlo en colonias extranjeras. Pero nosotros no lo consentiremos, aunque para ello tengamos que dar parte de nuestra sangre y parte de nuestras vidas como la dieron nuestros compañeros caídos desde el 18 de julio para acá, y que antes de expirar todavía tuvieron un grito de ¡¡ Viva la Libertad!!) que para nosotros fué un grito de aliento y que nos servirá para vengarlos.

Antonio AZCUTIA,

70 Brigada Mixta, 4.º Batallón, 4.ª Compañía.



Visión trágica de la España de pandereta que alquilaren Hitler y Mussolini, como campo de experimentación de sus sueños imperialistas. Bolero, jipíos, tricrornos sangrientos, sobre fondo negro. Tapiz decadente, sobre el que habría de bordarse, las más oscuras de las traiciones. Escoria, barrida por el antifascismo redentor.

Acertos.

EL COMISARIADO GENERAL DE GUERRA * * * * *

Llevamos de verdadera lucha, de lucha terrible, cruel, sanguiñaria como no ha conocido otra la historia, guerra donde parece haberse dado cita todos los mejores elementos bélicos que inventaran KRUPP y otros hijos de... MARTE, para sembrar la muerte y la destrucción en el mundo por mediación de sus verdaderos satélites encarnados en HITLER, MUSSOLINI y los magnates de las democracias europeas, donde a la sombra del más bello pensamiento que tuvieron esas mismas naciones al terminar la Gran Guerra creando la entidad (que daría seguridad a todos los pueblos del mundo) llamada SOCIEDAD DE NACIONES, o para mayor sarcasmo CASA DE LA PAZ, donde los buenos propósitos de los verdaderos pacifistas se estrellan contra la muralla de los representantes de las naciones ahitas de sangre, las cuales para resolver el problema del paro no tienen inconveniente en desencadenar una guerra que no sólo les cuesta el cuádruple de lo que les costaría emplear a los millones de obreros parados, sino que se evitaría el derramamiento de tanta sangre inocente que no tiene culpa, como son los millares de hombres caídos de una vez para siempre, mujeres y niños que caen inocentes víctimas de la metralla maldecida por todos los pensamientos sanos.

Desde hace OCHO meses que fué creado el Comisariado, el cuerpo más glorioso que cuenta el Ejército popular español, cuerpo creado para levantar la moral del combatiente por medio de la CULTURA haciendo la más perfecta unión entre el soldado y los mandos, punto de apoyo indispensable para ganar la guerra entablada contra el fascismo, enemigo directo de los proletarios del mundo.

Durante estos ocho meses el Comisariado no ha descansado ni un sólo instante para poder elevar a los combatientes de todos los frentes el nivel de cultura no sólo pedagógica, sino social, capacitándoles fuertemente para que puedan hacer frente al fascismo sin un átomo de desmayo en todos los sufrimientos y penalidades que trae consigo una guerra.

Labor principalísima ha sido y es la enseñanza de los analfabetos, donde se ha podido apreciar un porcentaje de un 85 por 100 de incultos totales, y hoy, gracias al Cuerpo del Comisariado, se pueden contar con los dedos los analfabetos totales que hay en cada Batallón.

El REVERSO de la estampa es el fascismo, puesto que ellos tienen la guerra declarada a la cultura, siendo amigos entrañables de la destrucción y la miseria, sobreviniendo todo esto debido a que no tienen derecho ni a un ápice de libertad de pensamiento, donde sólo tiene derecho a pensar el Estado, bajo pena de muerte (mal menor) o estar recluido en campos de concentración, que es peor mil veces que la muerte misma.

Al crearse el Comisariado General de Guerra, lanzó unas consignas acertadísimas: NI UN SOLO SOLDADO ANALFABETO. TU CULTURA HARA POSIBLE UNA SOCIEDAD JUSTA: ESTUDIA. EN LOS COMISARIOS ENCONTRARÁS TODO EL APOYO MATERIAL QUE NECESITES PARA ELLO. Y el Comisario, fiel a la labor que se impuso al pertenecer a este Cuerpo del Ejército, con una moral y un sentido de responsabilidad que supera todas las cimas, ya que él es el alma del Ejército popular, permaneciendo en el anónimo, ya que se presentan como son, sencillos, almas de niño en cuerpo de hombre macho, que hacen la guerra con el libro en una mano y en la otra el arma que ha de liberar a los trabajadores españoles del yugo que oprime a los trabajadores del mundo.

A ellos se debe el que llevemos ONCE meses de guerra contra toda Europa sin desfallecer, cada vez más fuertes, demostrando el mundo la fuerza que da la razón y las ansias de liberación de un pueblo que fué mártir y que quiere romper las cadenas que atenazan a sus hermanos proletarios de allende las fronteras, con las armas y con los libros, armas las dos para vencer a todos los ejércitos por muy potentes que éstos sean.

Gumersindo MARFIL MARTÍN.
Comisario del 1.º Batallón, 61 Brigada.

Divulgaciones.

LA CELULA FOTOELECTRICA

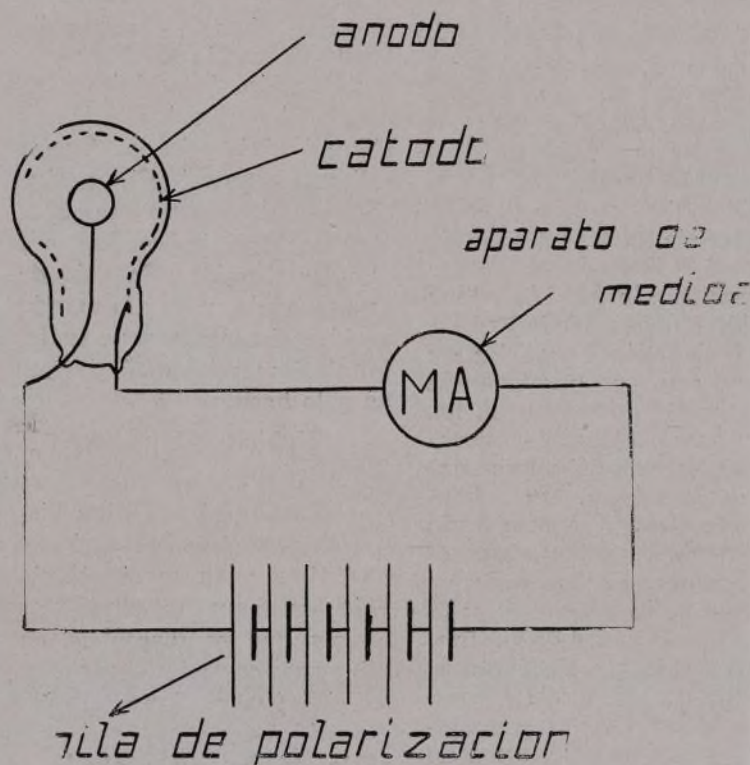
por F. Domenech (M. de la C.)

Aun cuando el desarrollo de las aplicaciones y el perfeccionamiento de la célula fotoeléctrica sea reciente, pertenece desde el siglo pasado al dominio científico.

Se observó que las resistencias de selenio, antiguamente empleadas en telegrafía, variaban su resistencia ohmica bajo la influencia de la luz. Al estudiarse este fenómeno, se llegó al conocimiento del llamado efecto fotoeléctrico, que puede enunciarse de esta forma: Todo metal alcalino (sodio, potasio, etc.), cargado

superficie se ha depositado la materia sensible. Sobre el anverso y reverso de este disco, se apoyan unos anillos que recogen la corriente producida. Este último dispositivo, aunque de menos sensibilidad que el anterior, permite que se establezca corriente sin necesidad de tensión auxiliar externa. Es el empleado en los fotómetros de bolsillo, tan usados en luminotecnia y en fotografía.

El campo de aplicación de la célula fotoeléctrica es extensísimo, pues el ojo eléctrico



negativamente, se descarga bajo la influencia de la luz. Es decir, emite electrones, comportándose, por lo tanto, como un transformador de la energía luminosa en energía eléctrica.

El dispositivo empleado en las células fotoeléctricas es muy sencillo: consiste en una ampolla de vidrio con las paredes recubiertas interiormente de substancia sensible a la luz. Este revestimiento constituye el cátodo, y de un electrodo en forma de anillo, que actúa de ánodo. Como los metales alcalinos se alteran en contacto del aire, se practica en la ampolla el vacío o se llena con un gas inerte.

Otro dispositivo consiste en un disco de metal, sobre cuya

co, como también se le llama, es más sensible a los colores del espectro que el ojo humano, ya que alcanza al ultravioleta y al infra rojo, acusando tanto la interrupción de la luz como el cambio de intensidad luminosa y el cambio de color.

El ojo eléctrico cuenta los paquetes que salen de un almacén, las personas que entran en un local, vigila y da la voz de alarma si alguien intenta penetrar en zona prohibida, permite la comunicación telefónica por medio de un rayo de luz, ha hecho factible el cine sonoro, la televisión y otras muchísimas aplicaciones que hacen que la célula fotoeléctrica tenga un empleo adecuado en casi todas las ramas de la industria.

Recuerdo a los caídos

Héroes de la 14 División

Jaime Larramendi

En la ofensiva llevada a cabo por nuestras tropas en la nueva de la Cañada, la metralla facciosa segó para siempre la vida de uno de los mejores militantes del movimiento juvenil libertario. JAI-ME LARRAMENDI.

¿Quién era Jaime Larramendi?

Jaime Larramendi era un militante justamente destacado de las Juventudes Libertarias y del movimiento específico. A pesar de su juventud, pues no contaba más que veintitrés años, tenía una historia tan llena de sufrimientos y persecuciones que le habían proporcionado la experiencia de un viejo militante y sentir en su corazón, bien templado en la lucha, ansias de libertad y de justicia.

Participó en los movimientos de enero, diciembre y octubre, y últimamente fué encarcelado por la burguesía, en unión de otros compañeros con motivo de la magnífica huelga de la construcción.

Y en la cárcel estaba cuando sobrevino el alzamiento de los facciosos. Lejos estaban sus encarceladores de pensar que aquellos «presidarios» anarquistas formarían en gran parte el muro de contención donde habrían de estrellarse los afanes de despotismo de la reacción. Sin embargo, así fué.

Los perseguidos de siempre, los incomprendidos por todos, aquellos a quienes encarcelaban en nombre del orden, de la justicia y de la razón y de la democracia, hubieron de salir de las cárceles para ser los más ardientes defensores de las verdaderas democracias, razón y justicia. La Historia hará justicia reconociéndoles, en bien del proletariado consciente, como los héroes de Aragón, Paredes de Buitrago, Alcalá, Guadalajara, Sigüenza, el Pingarrón, etcétera, etc., siempre en la brecha, puntales firmes en la defensa de la independencia.

Tan pronto recobró la libertad, se incorporó al Ateneo Libertario de Vallehermoso, ayudándonos con su dinamismo y experiencia a organizar la barriada. Donde él estaba se encontraba siempre el hermano cariñoso y vigilante, dispuesto a salir al paso de cualquier injusticia o sinrazón; y como anarquista, esperando que llegara el momento de darlo todo.

Recordamos un accidente que pudo anticipar la desaparición de nuestro llorado «Larra», como le llamábamos los amigos.

Recibió la orden del Comité de Defensa de salir inmediatamente a Villaviciosa de Odón a recoger gran cantidad de material abandonado por el enemigo y que hacía falta para armar a nuestras milicias. De la rapidez dependía la realización del proyecto.

Nuestro compañero «Larra» salió inmediatamente a cumplir la orden, pero no lo pudo realizar; lo impidió un accidente, en el que perdió la vida otro buen compañero de la barriada, Francisco Alvarez, y del que «Larra» se salvó por verdadera casualidad.

El fué el organizador, con los no menos heroicos militantes de nuestras Juventudes Emilio Fernández y el compañero Collado, del 4.º Batallón de nuestra gloriosa 70 Brigada.

Ouien con tanto cariño cuidaba de sus compañeros, supo un día cubrirlos de gloria en el magnífico asalto al Pingarrón, que coronaron tras reñidísimo combate, y estando herido de gravedad hacía varias horas el compañero «Larra».

Su alegría por este triunfo se vió empañada por el dolor de perder bastantes compañeros, entre éstos a Antonio Luengo, que también participó en la organización del Batallón y gran luchador de la barriada de Vallehermoso.

¡Tres héroes más de las Juventudes Libertarias inmolados a la causa de la Libertad!

Con la pérdida de estos tres compañeros, la C. N. T., F. A. I. y la F. I. J. L. pierden tres de sus más abnegados luchadores.

¡Que la tierra os sea leve, compañeros! Nosotros os prometemos seguir luchando por la causa a la cual vosotros os consagraстеis.

Angel MARTIN.

Los que caen en silencio

El fervor de la disciplina

Juan Soldado

Pasó lo más duro del combate y ha llegado el momento del balance.

Cada cual allá, en lo más recóndito de su conciencia, ve si hizo o no cuanto estaba a su alcance.

La inmensa mayoría está satisfecha de sus actuaciones. Juan soldado, al que mandaron luchar y luchó, le llevaron a vencer o morir y vió caer en su redor los compañeros, y a peso de sangre sabe que su unidad a peso de sangre llenó los objetivos, puede entre la general admiración de los conacionales sentirse satisfecho.

Pascasio, Agripino, Bartolomé... de Intendencia, camillero o zapador, está a su vez satisfecho también. Hizo cuanto le mandaron y basta. Alguno de ellos rebasó las órdenes con un heroísmo admirable. Pueden dormir tranquilos. Son unos hombres, la masa les reconoce su trabajo y les recibe con agrado.

Quedan otros que tomaron parte en la empresa, que hicieron, que se lo jugaron todo y no obtuvieron una mención, y para ellos es para los que este cronista tiene hoy su crónica. Ellos están contentos, pero sienten el dolor del anónimo. Ahí están el motorista, que cien veces cruzó bajo el fuego del enemigo portador de sus partes: el que con la grúa del cuerpo de tren fué en busca de una camioneta abandonada y medio deshecha en carretera batida y que trabajó para sacarla del bache, para ponerla derecha, para llevarla al camino; de los del taller, que se cuidaron de reparar un coche al que la artillería enemiga había dejado descalzo y tuvieron durante unas horas que sufrir el fuego, pero a toda costa lograron recuperarla; de los que con un suministro pugnaron horas y horas por pasar por una carretera o un

camino batidos para llevar un suministro, y ante la imposibilidad de continuar esperaron cerca de su destrozado camión: de los rancheros, que para facilitar el servicio establecieron sus cocinas en un recodo del camino y durante un día entero tuvieron sobre sus cabezas los aviones que descargaban sin tregua y que terminaron por acertar... de aquellos cuatro milicianos de la Cultura, que no abandonaron el teatro de la guerra, aun sabiendo la imposibilidad de prestar sus servicios docentes, pero que estaban allí porque se les había ordenado...

En toda operación hay muchos elementos que no figuran en el parte y pusieron su amor, su sacrificio, su voluntad, seguros de que nadie había de ver su sacrificio.

Las batallas las ganan y las pierden los generales, los estados mayores, el material, dicen. Pero en la batalla entran otros muchos elementos que son precisos y a los que por su esfuerzo anónimo, sin la fiebre que se apodera de los soldados, sufren y callan, resisten y caen, si llega el caso, al pie de su destino.

Y para éstos hoy mi felicitación y mi aplauso, que acaso sea el único, pero que es sincero, y con el que deben conformarse, seguros de que en los juicios generales van englobados sus esfuerzos complementarios de hombres sufridos, trabajadores y buenos.

Joaquín Sánchez Revest,

Jefe de las Milicias de la Cultura de la División.



El martirio de los pueblos humildes



El pueblo, en silencio, hasta ahora, se sobreco-
gió de espanto. Eran ellos
los heraldos de la barba-
rie, los que revoloteaban
en semicírculos—cuervos
insatisfechos de carne
inocente—esperando el
instante más propicio

para desarrollar su monstruoso crimen.

El pueblo, en silencio, hasta ahora, nada
había hecho para merecer tal castigo. Alejado
de los frentes, espectador confuso de una conti-
ienda, cuyo partido no era preciso tomar, ya
que el hecho de albergar en sus entrañas esen-
cias populares, era motivo más que suficiente
para sentirse beligerante, en un estado de
agresión unilateral, nada había hecho repeti-
mos, para verse atacado de manera tan audaz
e inopinada. Si acaso, su delito no pasó de
ver salir de sus casas, sus mejores hijos mo-
zos, diques de una invasión extraña a la que
había que detener y aplastar. Se rasgó la paz
augusta, que rodeaba el lugar. Con saña in-
igualada las bombas enemigas fueron dibu-
jando un signo de impotencia en el aire, antes
de calar hasta lo hondo, en la médula de aque-
llos modestos hogares, que saltaban hechos
añosos, en una imprecación angustiosa, ver-
dadera interjección dantesca que llegaba a
salpicar las conciencias mudas de aquellos
cobardes agresores, que desde la altura, con
una mueca de impunidad, parecían reír sar-
cásticamente, a la vista de su obra.

Un solo grito de venganza envolvía a
todo.

Tras la agresión vituperable, el éxodo
obligado.

Una caravana de es-
panto, abandonaba el
pueblo en cenizas, inun-
dando las carreteras de
un dolor amargo, dolor
de injusticia, que im-
pregnaba el ambiente
de una desesperanza
sin límites.

Allá van las víctimas
de un rencor insospe-
chado, de un crimen

bastardo, mirando al cielo, como si con
los rayos fulminantes de sus miradas hi-
erientes, quisieran borrar las huellas que
dejaran los asesinos al huir, perseguidos
por los disparos de una maldición popu-
lar, que les rondaba y amenazaba tocar
en sus conciencias, hasta hacerle picar
sin mando, y morder el polvo de su in-
famia.

denación hacia tan inhumano salva-
jismo.

En esta marcha forzada, sin espera
ni consuelo, roto el hogar, desbandadas
las familias, se retrata la textura mor-
tal del fascismo, que solo anhela carne
joven, en que saciar sus apetitos inconfes-
ables, ocasión propicia, en que ensayar
sus delirios imperialistas, su sed de mor-

indefensos ametrallados por el fascismo
sin nombre, es superior a todas las con-
cepciones. Su ejemplo, nos hace reaccio-
nar sin desmayos. Esta inhumanidad, no
debe quedar sin el debido castigo, sin la
necesaria contestación. Ese, es el com-
promiso de honor del pueblo en armas.

Contra las incomprensibles actitudes
de las democracias que no quieren pasar

ya sea ligeramen-
te su vista
cansada por la
holganza rega-
lona, estan estos
cuadros llenos
de una realidad
aplastante, en
los que la causa
de la justicia se
eleva en hos-
tia como sol na-
ciente. El mar-
tirio de estos
pueblos calla-
dos y silencio-
sos, tierras de
nadie, que nada
hicieron para
merecer el fla-
mígero lanceta-
zo de estos Lon-
ginos de la Ver-
dad y de la Ra-
zón, será el tor-
mento, en donde
seguramente en-
contrarán su
merecido, ese
capitalismo sin
entrañas que
merece los tor-

adversarios de la civilización, son la mayor prueba
de las reservas morales de un pueblo que sabe resis-
tir hasta vencer.

Ese mismo sacrificio de esas familias sin ho-
gar, que con el puño en alto, van sembrando los ca-
minos de su éxito, de una ejemplaridad sin límites.
¿qué es, sinó prueba de un alto espíritu, de abnega-
da serenidad, un convencimiento pleno de la justicia
de sus anhelos?

En su virtud, en su sacrificio, está la mejor ga-
rantía del éxito de la causa de todos. Calladamente,
se va forjando através de todos los renunciamentos,
la gesta sublime que asombrará al mundo. Contra
el dolor que quema el alma de estos pueblos humil-
des, ametrallados bárbaramente por unos asesinos
alquilados, reacciona virilmente la conciencia ciuda-
dana. Y en ella, está el quid de la victoria final, que
no se hará esperar.



El pueblo humilde, que quedó en rui-
nas, quedó atrás, abajo del valle, alimen-
tando su propios rescoldos. De ellos sal-
drá la llama viva que de nuevo acabará
con aquello hasta pulverizarlo.

El dramatismo de esta huida, en la
que seres inocentes supieron de las mal-
dades de la vida, se recoge en estos tra-
zos vigorosos de Horacio Ferranz, de
manera prodigiosa, como un grito de con-

bosa criminalidad. Ese gesto tajante y
magnífico de esa mujer que eleva sus pu-
ños a lo alto,—dosel supremo que habrá
de dar sombra por última vez al cadáver
de su pequeñín, roto en pedazos—es algo
impresionante que nos paraliza los senti-
dos,

La realidad, supera a todas las fic-
ciones artísticas.

El horror del martirio de esos pueblos

mentos que en vano se enrollan al cora-
zón de los pueblos oprimidos. Allá va la
caravana de emigrantes, por esas carre-
teras castellanas, llenas de presagios y de
reproches. Su imprecación es la bandera
que debemos arriar, como cosa nuestra,
todos los verdaderos antifascistas.

Y esas escenas de hondo dramatis-
mo, perpetrados por la barbarie extran-
jera, constituyen la tónica criminal de los



¡¡DINA

Hombres que sois de carne y hueso pero que tenéis los perfiles tensos como el vuelo de las ilusiones en vuestras almas jóvenes, y el temple del acero en vuestros corazones anhelantes de victoria: Vosotros sois el símbolo que el pueblo español en su lucha contra la tiranía ha buscado para inmortalizar las virtudes raciales que siempre conservaron su querida independencia por sobre todas las agresiones injustas, por sobre las más viles traiciones.

Carne y metralla, vais a cuerpo limpio a buscar la victoria o la muerte, con esa serenidad magnífica y escueta que sólo puede encontrarse en las almas populares que palpitán entusiasmadas bajo los rayos luminosos del futuro de libertad que la lucha les ofrece. Perfiles ágiles, se recortan vuestros cuerpos, fibra y heroísmo, ante las sombras rechinantes de los tanques, bajo los arcos solemnes de los puentes.



Vosotros sabéis que en vuestros cinturones lleváis promesas seguras de victoria y de triunfo cuando el pulso no tiembla entre el silbido de la metralla y el tableteo de las ametralladoras que os dibu-

jan en el claroscuro de los atardeceres; y frente a los monstruos reptantes con crujido de hierros, que semejan fantasmas de tiempos remotos, oponéis el esguince ágil de vuestros saltos, y la bom-

MITERO!!

ba que cumple su misión de libertad y de redención.

De entre todos los combatientes que luchan en las filas del pueblo, vosotros recordáis como ninguno el heroísmo de los luchadores de antaño que oponían la grandeza de su valor sublime a todos los intentos de la fuerza para domeñar su espíritu independiente y sus ansias de patria y de libertad. El pueblo ha aprendido a conocerlos y vuestro paso levanta clamores de admiración y ecos de alabanzas: son los dinamiteros; son esos hombres que duermen haciendo de los cartuchos cabeceras del sueño y que coleccionan los triunfos sobre las monstruosas máquinas de guerra que se creyeron invulnerables entre sus planchas de acero. Son la carne morena del pueblo español retando a la máquina a combate desigual; y son el espíritu de los caídos demostrando al mundo que la voluntad de vencer es suficiente para conseguir las más difíciles victorias.

Ante la cosecha espléndida—también en los campos de batalla los luchadores del pueblo recogieron las mieses germinadas en los surcos del sacrificio—las mujeres multiplican sus esfuerzos, seguras de contribuir con su trabajo de verdadera retaguardia a la victoria que alumbra como sol naciente, a todos los corazones antifascistas. Y con la sonrisa a flor de labios, después de la dura jornada, ponen un girón de esperanza en todos los alientos y en todas las realidades del momento. El campo de la paz, espera con sus doradas espigas, a los que en cumplimiento de un deber histórico, siguen firmes y seguros en el campo de guerra.





UNA VEZ MAS

De los que, solo, podemos esperar ayuda.

No es la primera vez que hemos dicho que únicamente de los proletarios del Mundo podemos esperar ayuda y apoyo los hombres que en España nos defendemos contra los ataques del fascismo internacional; quienes por un momento pensaron que de las potencias democráticas y de sus gobiernos podía esperar solidaridad la España leal, pecaron de ingenuos; merecieron el silencio de los que pensábamos de otra manera, porque no había que arruinar esa última esperanza que algunos pusieron en las pseudodemocracias de Occidente; pero siempre pensamos que nada había que esperar de los gobiernos capitalistas. Y es lógico y es humano.

¿Cómo habían de prestar ayuda a una revolución auténticamente proletaria los capitalistas europeos? ¿Cómo habían de ayudar a los revolucionarios españoles los dueños de la banca y de la industria del Mundo?

Era infantil pensar que su actitud podría ser otra, en el mejor de los casos, que un sabotaje lento y seguro contra las conquistas que los trabajadores españoles estaban logrando a costa de sacrificios sin cuento y de ver cómo miles y miles de sus hermanos dejaban de existir para afirmar con su sangre y con su heroísmo los derechos de sus hijos y de sus compañeros de clase y de lucha.

En la hora actual ya no hay modo alguno de excusar a los que piensan todavía en conseguir ayudas de los países democráticos de Europa y del

Mundo; en la hora actual sólo de las organizaciones obreras del Mundo podemos esperar apoyo y ayuda, y sólo en los trabajadores de la tierra podremos encontrar la solidaridad eficaz que necesitamos para destruir de una manera rápida y definitiva el poder creciente y provocador de los países fascistas y de sus satélites españoles.

Es la labor firme y segura —labor revolucionaria en fin de cuentas—, de los trabajadores del Mundo la que puede brindarnos hechos concretos de cooperación en nuestra gran lucha liberadora y no la palabrería de las Cancillerías. Estas no ofrecerán a los trabajadores más que promesas vagas e inconcretas, pero ni una sola realidad fecunda; y es que las Cancillerías del Mundo sirven intereses que se encuentran en contraposición en la mayoría inmensa de los casos, con los que se defienden en las trincheras de toda la España leal.

Nuestra liberación será obra de nosotros mismos; y si al-

guna ayuda encontramos más allá de nuestras fronteras, si algún apoyo cabe todavía esperar del extranjero, será, no lo dudéis, el que nos brinde la actitud revolucionaria de nuestros hermanos de lucha y de clase, que desobedeciendo los dictados de sus propios gobiernos, enfrentándose revolucionariamente, subversivamente, contra sus propias disposiciones, se decidan a cooperar de una manera activa en pro de quienes con sus cuerpos y con su sangre cierran el paso a los rebeldes.

¡Proletarios del Mundo! Obreros que desde todos los confines de la tierra contempláis el esfuerzo titánico del pueblo español: haced que éste no pierda la fe incluso en sus propios hermanos de clase; haceros dignos de la confianza que en todo momento os ha atribuido, y, en la medida de vuestros medios, cooperad de una manera abierta y rotunda a la obra de liberación que se ha iniciado sobre los campos de Iberia.

cuales es posible que a estas horas no hubiera un solo lugar tranquilo en todo el globo terráqueo, ni un rincón del mismo donde sentirse resguardados de las balas o de la metralla. Pero ya decimos que estas inigualadas gestiones las ha debido realizar Mr. Eden en un secreto tal que sólo han llegado a conocimiento de los miembros del Comité noruego para elegir candidato para el Premio Nóbel de la Paz. Al resto de los mortales sólo nos han llegado noticias de los cabildos y de los viajes infelices de mister Eden, así como también de sus actitudes dudosamente favorables a la terminación de la guerra que el pueblo español está sufriendo.

Por eso nos ha extrañado mucho que el Comité noruego encargado de elegir candidato para el Premio Nóbel de la Paz haya decidido, y por unanimidad, hacer entrega de este premio al ministro inglés de Relaciones Exteriores, Eden.

Claro que quizás de esto podamos obtener alguna ventaja; como ventaja seria, y no pequeña, el que mister Eden dejase de ocuparse de los asuntos de España y no nos abrumase con tantas pruebas de buena voluntad como hasta la actualidad ha venido dando; de buena voluntad de prolongar el conflicto español lo más posible y de prestar cuantas más ayudas subrepticias mejor a los rebeldes.

Sea concedido a Mr. Eden el Premio Nóbel de la Paz, y séale en buena hora concedido. Pero en vista que le han otorgado el mencionado premio, sólo tenemos que hacerle un ruego; que nos deje en paz!

¡PREMIO!!

* El Nobel de la Paz para Mister EDEN. *

Siempre habíamos tenido a los noruegos por hombres serios, sensatos y reposados que juzgaban las cosas del mundo de una manera serena y clara y que quizás como ninguna otra raza conservan en todo momento una visión exacta de las cosas. Es el prestigio que entre nosotros, los latinos, hombres de sangre bulliciosa y de decisiones prontas, conservan los hombres del Norte, muy del Norte.

Pero ese prestigio está camino de perderse para siempre; porque no vale hacer humorismo con cosas tan serias como son la vida de miles y miles de hombres; y humorismo es y humorismo sangriento, el conceder a mister Eden el Premio Nóbel de la Paz.

Quizás es que nosotros no estamos demasiado bien enterados de las gestiones clandestinas que está realizando mister Eden, gestiones sin las

Los momentos que atravesamos son de vida o muerte para España. Serán de vida, indudablemente. Un pueblo como el nuestro, al que asisten la razón y la fuerza, que tiene confianza en sí mismo, que está dispuesto a los mayores sacrificios para conseguir la victoria, no puede morir.

No olvidemos, sin embargo, que los imperialismos extranjeros lanzan furibundas amenazas contra nuestra Patria. Los generales cerriles de inteligencia y ruines de corazón, al darse cuenta de su impotencia y de su rotundo fracaso, no dudaron en añadir nueva y mayor traición a la consumada el 18 de julio. Vieron que se hundían irremisiblemente. En pocos meses, tal vez semanas, el proletariado español hubiera acabado con ellos. Sus desesperadas llamadas de socorro encontraron eco en los países fascistas de Europa, que no esperaban otra cosa para satisfacer sus ambiciones, desplegar sus ansias imperialistas, lanzar a sus pueblos a locas aventuras y buscar remedio a su pésima situación económica y política. Se consumó la venta miserable. Hitler y Mussolini empezaron a enviar material de guerra y divisiones íntegras de sus ejércitos. No vienen a salvar a Franco. Vienen a hundir a España. A anularla en el concierto de las naciones. Vienen a saquear nuestro país, a apoderarse de las riquezas del subsuelo español, de sus industrias, de sus campos. Vienen para situarse ventajosamente en el litoral mediterráneo y atlántico.

El odio que Alemania e Italia sienten hacia la España republicana están pregonándolo descaradamente hace muchos meses. Pero, en realidad, no sienten mucha mayor simpatía hacia la España rebelde. ¿Pruebas? La forma despectiva y tiránica con que los mandos extranjeros tratan a los españoles sujetos al fascio, a los jefes del ejército, al mismo Franco. Todos no son más

Guerra de independencia y exterminio

Por Carlos Sanz Comisario de la 5.ª División

que marionetas, que no pueden moverse sino al dictado de los caprichos de los eunucos que Hitler y Mussolini les han mandado. Incluso, policía alemana actúa en la retaguardia facciosa.

Si los traidores lograran ganar la guerra, lo cual ni remotamente puede suceder, al día siguiente de nuestro exterminio seguiría el de todos los españoles del otro lado que no se mostrasen absolutamente sumisos a todo género de vejaciones. España sería colonia de Alemania e Italia, que se repartirían nuestro suelo, nuestros productos, nuestros tesoros. Conocidas son las declaraciones de Hitler con motivo de la ofensiva sobre Bilbao. «De Euzkadi—dijo—nos interesa ahora extraordinariamente la zona minera.» Y confirmando las palabras con los hechos—las Agencias lo comunican—, salen todos los días del puerto de Bilbao barcos alemanes cargados de mineral, rumbo a Hamburgo.

Además, los puestos de dirección y de responsabilidad serían, sin excepción, ocupados por los perros de presa de aquellos tiranos. Con pretexto de la densidad de población de sus naciones, enviarían millones de sus súbditos, a los cuales entregarían nuestros campos, nuestras fábricas, nuestros hogares, nuestras mujeres...

Por ello, la guerra que sostenemos no es la guerra civil, ni es solamente lucha de contenido social y revolucionario para la emancipación de los oprimidos por la sed de oro y ambición capitalista de sus conciudadanos. Es también, en grado eminente, GUERRA DE INDEPENDENCIA NACIONAL.

Las armas nos esperan; las

empuñamos con energía y no caerán de nuestras manos, porque defendemos los sagrados derechos del pueblo, al mismo tiempo que los inviolables derechos de la Patria.

La contienda es atroz. La lucha, a muerte. Desde que los invasores han hecho invasión de nuestro suelo, nuestra dignidad de hombres y de españoles no puede quedar satisfecha hasta la extinción total de los bárbaros que lo están devastando y de todos sus cómplices. No caben pactos ni transacciones, ni componendas ni paces vergonzosas. España ha de vencer netamente. No debemos dar tregua a nuestros brazos ni pueden saciarse nuestros pechos, sedientos de noble venganza. Son gravísimos los ultrajes que se nos han inferido, muchas las víctimas inocentes, asesinadas vilmente por la metralla alemana e italiana. Innumerables los camaradas caídos en el campo del honor nacional, para que nuestra memoria olvide tantos y tan grandes crímenes.

Por la forma con que las huestes mercenarias y sus aliados vienen portándose, podemos deducir cuál sería nuestra suerte el día que flaquease nuestro ardor. Morir sin honra, fusilados a montones, asesinados por la espalda, sepultados como inmundicia. Camaradas, nuestra vida es preciosa. La ofrecemos serenamente por la causa de la cual somos valerosos soldados. Pero a buen precio; al precio en que se estima la vida de un hombre honrado y de un español consciente. No todos hemos de morir para alcanzar el triunfo. Si fuera necesario, moriríamos todos. Morirán ellos, los traidores, porque cada existencia truncada de

uno de nuestros hermanos llevará por delante triple número de bribones.

Es mil veces preferible que la muerte nos cierre los ojos corriendo adelante, al asalto y a la conquista de las posiciones enemigas, abrasados por la llama del ideal, que morir cobardemente ante la tapia de ejecución o lentamente, en la triste frialdad de una mazmorra, o de hambre y a latigazos por el sadismo de los canallas nacionales y extranjeros.

Que nuestras compañeras, que las mujeres españolas, no puedan tildarnos jamás de gallinas ni de traidores. Que no puedan aplicarnos las palabras que a Boabdil dijo su madre, al entregar la ciudad de Granada: «Llora como mujer, va que no supiste defenderte como hombre.»

Soldados del Ejército del pueblo español... Los ojos no nos han sido dados para derramar lágrimas de cocodrilo. Nuestros ojos centellean para recoger la imagen del enemigo, guiarnos en su persecución y enfrentarnos valerosamente con cualquiera clase de peligros. Nuestros ojos vislumbran ya porvenir feliz para España y sus auténticos hijos. Nuestros propios ojos, o los de nuestros hermanos de lucha e ideal, verán la libertad del pueblo, la independencia de la patria y el exterminio de los infames que corroen sus entrañas.

Así es nuestra guerra. Contraponen enemigos irreconciliables. Si dejásemos que la iniciativa corriera a cargo de los que nos odian con odio mortal, ninguno de nosotros sobreviviría al desastre de la nación española. Tensos, pues, nuestros músculos. Vibrante nuestro espíritu. A la lucha con brío, con emoción, con sentimiento de bravura sin límite y de guerra sin cuartel, para aplastar total y definitivamente a cuantos han dado a nuestra contienda carácter de guerra de independencia.

Nuestros jinetes

Avanzadas líricas de la gran gesta del pueblo - - -

Esos jinetes que se abren a todos los riesgos en las descubiertas más peligrosas y que siembran la alarma en las filas enemigas cuando en la lejanía se oye el golpear de los cascos de sus caballos, son hijos del pueblo que ponen todas sus esperanzas más limpias en el triunfo de los trabajadores españoles y que sienten palpitir en sus pechos el heroísmo de todos los soldados del pueblo.

Sus corceles tienen la respiración anhelante que da la fatiga de las marchas conti-



nuas; ante sus ojos dilatados se abren los horizontes tensos en línea de las llanuras o los ásperos de las serranías; pero su misión es siempre dura y peligrosa y su espíritu responde siempre, en todo momento, a las esperanzas que el pueblo ha sabido depositar en los hombres de la Caballería del Ejército popular.

Ellos saben que la victoria en la guerra no puede ser nunca obra de un grupo sin organización, ni de muchos grupos—por tenaces y heroicos que sean—, que actúen sin trabazón y de una manera desligado. Y ellos han comprendido también que su misión en la guerra actual que se libra en los campos de Espa-

ña es una misión sin treguas y sin descansos, que se cumple de día y de noche, en los llanos y en las montañas, al sol y a la lluvia; y que en todo momento pueden obtenerse datos o posiciones que pueden servirnos para jalonar nuevas victorias; por eso sus hombres son callados y acatan sin recelo y sin vacilaciones todas las órdenes que emanan de los mandos leales a la causa de la libertad y de la paz de los pueblos; por eso, empujados sobre sus estribos, colocadas las armas modernas en el arzón, hora a hora avizoran el horizonte que se abre ante su ojos, y siempre, en todo momento, están dispues-

tos a secundar con su heroísmo el heroísmo de sus hermanos de armas.

Son los jinetes del pueblo; sangre del pueblo circula por sus venas; pensamientos del pueblo ocupan sus cerebros; sentimientos del pueblo llenan su corazón, y anhelos del pueblo son sus propios anhelos, sus propias esperanzas y sus propios deseos.

Junto a ellos camina la muerte; pero ellos siguen impávidos por la senda de sacrificio y de heroísmo que se han impuesto a sí mismos, porque así conviene a los intereses supremos de todos los trabajadores españoles, de todos los trabajadores del mundo.

Enlaces

Van sonriendo con el alma puesta en el sol de la Libertad * * * *

Ya resuenan en las pardas llanuras los pasos firmes y rotundos de los luchadores de la Libertad.

Ya los caminos se llenan de caras hirsutas, bronceadas.

El ronco sonar de los motores, el chirrido de los «tanques», la algarabía inconfundible de un Ejército en marcha.

Cacofonía guerrera, surcos belicosos, grupos, charlas, gritos, llamadas, órdenes breves, concisas, tajantes.

Un «enlace» sale rápido entre el estruendo del escape libre; llega un coche a toda velocidad, los muchachos le hacen paso. El coche para en seco con un frenazo nervioso, un oficial salta presuroso y pregunta por alguien, voces, preguntas, aquí, aquí... pronto aparece un oficial que recibe la orden, la lee presuroso en medio de la general expectación... son dos o tres líneas. Inmediatamente se movilizan los enlaces y la columna se pone en marcha nuevamente.

Saben que van a la lucha, que les espera la muerte.

Pero no importa.

Van sonriendo, con el alma puesta en el sol glorioso de la Libertad, con la fe inquebrantable de los antiguos Cruzados.

Qué satisfacción para la Hu-

manidad poder contemplar a estos legendarios paladines de sus ideales, ideales caros de su corazón, amasados con su sangre y sus lágrimas de miseria y dolor en los tristes días de angustia proletaria.

Ahora, sin embargo, no son caras tristes, son caras iluminadas, resplandecientes de fe inquebrantable y arrolladora.

Suena a lo lejos el tauleteo de la ametralladora.

El cañón deja oír su bronca voz, con intermitencias trágicas en su silencio de disparo a disparo.

Silencio preñado de angustias.

La columna va desapareciendo lentamente, ya no se oye el ruido de sus motores, sólo se ven a lo lejos los palos de los camilleros como mástiles de una flota perdida en la lejanía.

Volverán victoriosos, con el alma henchida de un noble orgullo.

Por sus camaradas caídos han luchado con tesón y han derrotado una vez más al fascismo, y en sus caras renegridas por el humo de la pólvora y la tensión amarga de la lucha se adivina, más que se ve, en sus ojos, el brillo inconfundible de todas las ansias proletarias, por su redención.

ARTURO.

Nuestros marinos

Canciones de victoria por los obreros del mar - - -

Canción de acero y azul son las hazañas de nuestros marinos de guerra; canciones de lucha y de mar son las batallas que libran con las naves enemigas; canciones de confianza y alegría los despiden de los puertos, y canciones de victoria los reciben a su regreso.

Terror de piratas, sus buques recortan sus siluetas de acero sobre el azul intenso del Mediterráneo y sobre el verde plomizo del Cantábrico. Entre sus planchas blindadas llevan el alma tensa de los hijos del pueblo dispuestos a todos los sacrificios, a todos los heroísmos; y el palpitir hondo de sus motores poderosos se acompaña con los latidos de todos los corazones que anhelan la libertad y la paz.

El afilado tajamar de nuestros destroyers hiende, seguro y sereno, las altas espumas de las tempestades, las llanas extensiones de los mares en cal-



ma. Tajamar de guerra es garantía de proas de paz, línea de días felices de calma y trabajo en las costas alegres de esta España, mártir hoy, libre mañana, gloriosa siempre, madre de un pueblo heroico que ha sabido también ser proa, espolón, perfil avanzado de todos los trabajadores del mundo.

Ante vuestra ejecutoria de honor y de gloria, en este aniversario solemne de la primera victoria, los trabajadores de España os rinden su homenaje cálido y sencillo. Y os toman renovada promesa de perseverar hasta el fin victorioso de esta contienda cruel que hasta en el mar ha turbado la paz de los pescadores.

Resumen de la memoria correspondiente al mes de Junio

Milicias de la cultura

Al comenzar el mes sólo existían en funcionamiento las referidas Milicias en la 70 Brigada. Durante su transcurso se crearon en las Baterías afectas a la División, en las otras Brigadas de la misma, en el Hospital divisionario y en los Grupos de ingenieros.

Los maestros que prestaban servicios docentes al empezar, eran nueve, y a su terminación y al terminar, treinta. El número de los milicianos que no sabían estampar su firma quedó reducido al veinte por ciento.

Como las circunstancias no fueron iguales para todos, los resultados obtenidos variaron asimismo.

Donde mayor trabajo pudo desarrollarse fué en el Hospital divisionario, por el que cesaron con enfermedades de mayor o menor cuantía elementos de todas las Brigadas, y por la distribución del tiempo hubo lugar para dar clases no ya a los analfabetos, sino a los sanitarios, las enfermeras, la servidumbre del Hospital y buen número de niños del pueblo de «La Isabel». Se dieron enseñanzas durante ocho y nueve horas diarias.

Los milicianos de la cultura que realizaron tan importante labor fueron Pedro García Tirado y Félix Sánchez Payo.

En los otros grupos divisionarios, Artillería, Transmisiones, Transportes, Zapadores, se dieron clases con positivo éxito.

Los mandos ayudaron eficazmente la labor de los maestros.

70 Brigada.

Batallón 277.—Durante el tiempo en que esta unidad permaneció en Yela se dió clase no sólo a los analfabetos y semi-analfabetos de él, sino a

los niños de la localidad. Al variar de residencia en los últimos días del mes, en éste como en los restantes Batallones, se suspendieron las clases.

Batallón 278.—Su emplazamiento en el campo impidió desarrollar la actividad docente cual en otras fuerzas.

Batallón 279.—Establecido desde el tiempo en que se crearon en esta División el servicio cultural el sistema de tomar como unidad dentro del Batallón la Compañía, y continuando en él el maestro que actuó en el primer momento, los resultados, esta continuidad, el celo del miliciano de la cultura (Juan Orenga), la compenetración de éste con sus alumnos y la valiosa cooperación de todos dieron admirables resultados. Con el referido actuó otro compañero, que dió varias conferencias y clases diariamente, al punto de que en las veinticinco primeras fechas del mes ni un día dejaron de darse clases.

Batallón 280.—Emplazado este Batallón en lugar comprometido, el comisario del mismo hizo construir unas chavolas que no llegaron a utilizarse. Se dieron clases a los analfabetos, semi-analfabetos y unas especiales para la oficialidad.

Escuadrón de Caballería.—Se dieron en él clases por mañana y tarde diariamente, y al trasladarse de guarnición no tuvieron que interrumpirse.

Intendencia.—Se empezaron a dar muy entrado el mes, por no haberse creado hasta entonces el grupo.

Transmisiones.—Por la especial misión de estas fuerzas, las clases se tuvieron que dar en pequeños grupos de alumnos situados a gran distancia. Gracias al celo del encargado de ellas se vencieron estas dificultades y se obtuvieron resultados positivos.

Cuarteles de Madrid.

En el cuartel de transeúntes, en la residencia oficial de la División y en el de la 70 Brigada en Madrid se dieron enseñanzas, y como dichos grupos son reducidos, el encargado de ellos pudo, además de las enseñanzas que le estaban confiadas, iniciar unas clases de taquigrafía con resultado satisfactorio.

65 Brigada.

En vez de empezarse simultáneamente los trabajos docentes en cada uno de los grupos que la integran, de acuerdo con el mando militar y con el Comisariado, se optó por



que se acumularan los milicianos de la cultura en los Batallones de descanso, siendo el primero de éstos el segundo, en el que actuaron los maestros en su totalidad. Al regresar al teatro de la guerra le siguió uno de los profesores, haciéndose igual con las restantes fuerzas de la Brigada. El sistema dió felices resultados. Antes de en esta fuerza se había ensayado con igual éxito en la 70 Brigada.

Brigadas 11 y 68.

Cuando se incorporaron a la División tenían unos servicios docentes embrionarios, y por su poca duración en nuestras filas no se reformaron.

Hogar del Combatiente.

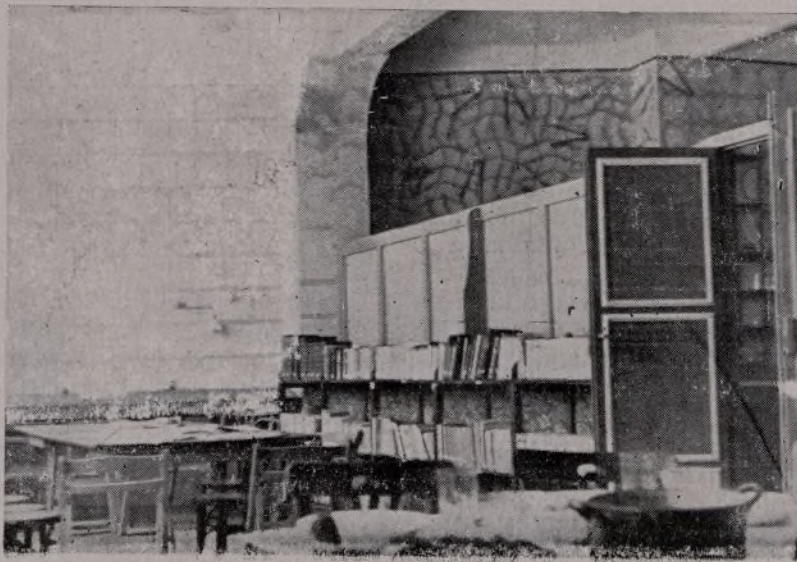
Durante todo el mes funcionó la biblioteca, que se fué acrecentando con donativos, viniendo a ser una de las mejores en su clase de las de nuestro Ejército, siendo la mejor de todas al decir de no pocos visitantes. Merece resaltarse el celo del bibliotecario Francisco Ortega Cuesta.

Respecto al servicio de biblioteca, cada vez se deja sentir en mayor escala la necesidad de una circulante que vaya siempre y en todo lugar acompañando a las fuerzas. Deberá estar integrada por pocos volúmenes en cada unidad y pasar de una a otra periódicamente para que con poca molestia pudiera trasladarse.

Visitas de inspección.

Se pasó una general a todas las unidades antes del relevo y otra estando de descanso la División.

El Miliciano de División.

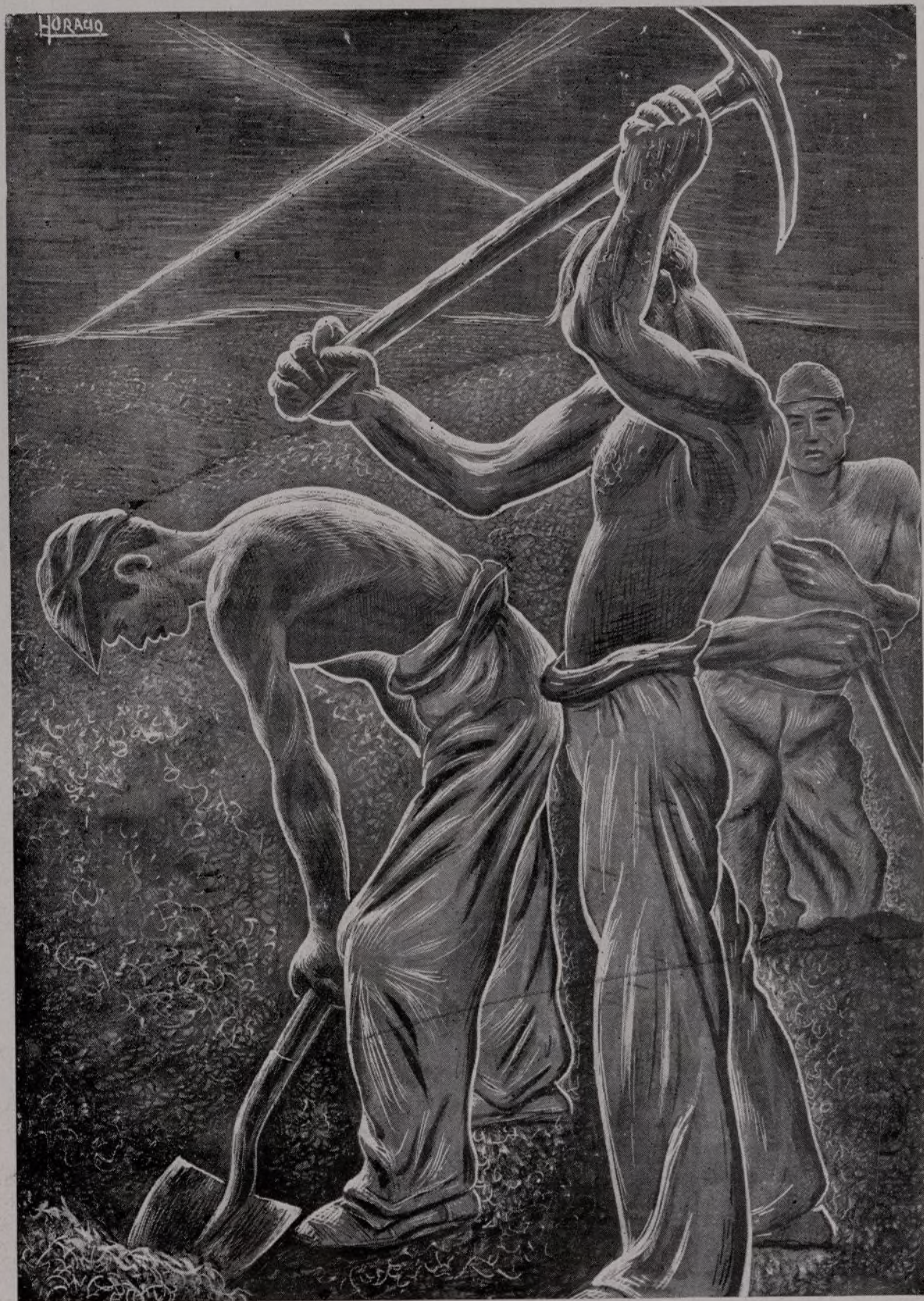


PICO Y PALA

LOS TITANES DE LA VICTORIA

Pico y pala. Esas son las armas de los hombres que calladamente, día y noche, sin un desmayo y sin la menor exigencia, se dedican a crear los reductos desde los cuales los soldados del pueblo cerrarán el paso a los invasores. Hombres tan de primera línea como el que más, hombres que muchas veces, muchas, han trabajado en la oscuridad de la noche delante de nuestras posiciones más avanzadas, entre nuestras líneas y las líneas de los rebeldes, sin más protección que las tinieblas y su buena suerte; hombres que saben como nadie las penalidades de la guerra y los sufrimientos que ésta lleva consigo. Héroes anónimos, que pasan desconocidos entre las multitudes enfebrecidas que cantan victorias, hombres que en los días de calma, cuando descansa todo el frente que ocupan tienen más trabajo que cuando las batallas desencadenan sus furores, pero que también entre el fragor de éstas tiene una misión que cumplir y la cumplen con el estoicismo magnífico del que cumple el más elevado de los ritos. Para vosotros han de ser nuestras palabras más emocionadas, y en este homenaje a todos los combatientes, a todos los que de una u otra manera colaboran eficazmente al triunfo de la causa de la libertad y de la paz de todos los trabajadores españoles, recibiréis de nuestra parte las más encendidas alabanzas.

Vuestro trabajo, vuestra actuación, tiene el heroísmo del valor y del sacrificio llevados a su grado más alto; pero tiene, además, el heroísmo del sacrificio callado y silencioso. ¡Cuántos de vosotros han regado con su sangre la misma tierra que removían con sus picos y con sus palas para crear abrigos a nuestros soldados y para erizar nuestra tierra de trincheras y reductos para cerrar el paso a las tropas al servicio del fascismo! ¡Cuántos de vosotros han visto caer a su lado las granadas enemigas y han seguido su



trabajo, mordiéndose los labios para no gritar su indignación, porque sabían que un grito era tanto como firmar su propia sentencia de muerte al dar al enemigo la orientación

de los lugares que ocupabáis! Vosotros tenéis la admiración exaltada de todos los antifascistas españoles. El pueblo español sabrá pagaros suficientemente no sólo el he-

roísmo que se encierra en vuestra gesta magnífica, sino también el espíritu sereno y silencioso con que habéis aceptado los mayores sacrificios.

Ayuntamiento de Madrid

Vigía expectante



UN segundo de reposo, pero con el corazón alerta. La mirada en alto, escrutadora y magnífica, oteando siempre en la lejanía, el instante mismo, en que haya de romperse el velo de la traición por donde ha de asomar, la bala traidora que busque un corazón leal.

El soldado del pueblo vigia constante, depositario de una responsabilidad que sólo la Historia conocerá en todo su alcance, tiene que ser así,



seguro de sí mismo, nimbado de la serenidad augusta de su augusta misión.

Su descanso es pelear, pero pelear, con la conciencia tranquila de que su heroísmo, su abnegación, tendrá en plazo breve, el premio merecido.

Ni una vacilación, ni una duda, ni un descuido. Le va en ello, no la vida, que ya la ofrendó,

se desencadenará la tormenta que amenaza con destruir todas las conquistas del espíritu.

Vedle aquí, en posición retadora, de aguardo, vigilar cuanto tiene al frente. El no nació para luchar mas que de cara al peligro. Por algo alienta en sus entrañas la fé en un ideal inextinguible que le separa de todos aquellos, que en la otra orilla, pelean forzados, amarrados a la galera de un egoísmo mandarin e imperialista, que les convierte en muñecos de todos los apetitos. Con una firmeza tal, con la garantía suprema que nos brinda a todos, el soldado leal, carne del pueblo, hechura proletaria, forjada al calor de las más bellas concepciones de la libertad, bien podemos confiar en la victoria cercana. Sólo, a su precisión, a su desprendimiento, a su arrojo, a su constante defensa de la verdad, se debe que la traición fascista no haya cuajado aun, ni cuajará nunca, su loco empeño de sojuzgar, de destruir por completo, de entregar a la invasión el suelo de España.

En este puesto de espera, si que se abre para siempre, la tumba del fascismo. El que quiera, que llegue hasta aquí parece decir, este defensor del pueblo, acariciando su fusil con temblores de una enérgica decisión.

La experiencia de la larga lucha, le hizo adquirir este aire convencido y firme, que le acompaña siempre, como aval de su prestigio militar inmaculado.

Porque, a sus pristinas dotes de trabajador que siempre soñó en su liberación tiene hoy, este soldado po-

pular, un hábito disciplinado que le encuadra como anillo al dedo, en el engranaje de la organización militar, a la que se entrega con sus mas fervorosas disposiciones. Sólo, así, sería posible el triunfo, Y el soldado del pueblo que todo lo supeditó a la victoria, supo asimilarse esta afirmación ¡Soldado del Pueblo! Tuya, será la victoria.